

BI - SEMANARIO SATIRICO ANTI - CLERICAL ILUSTRADO

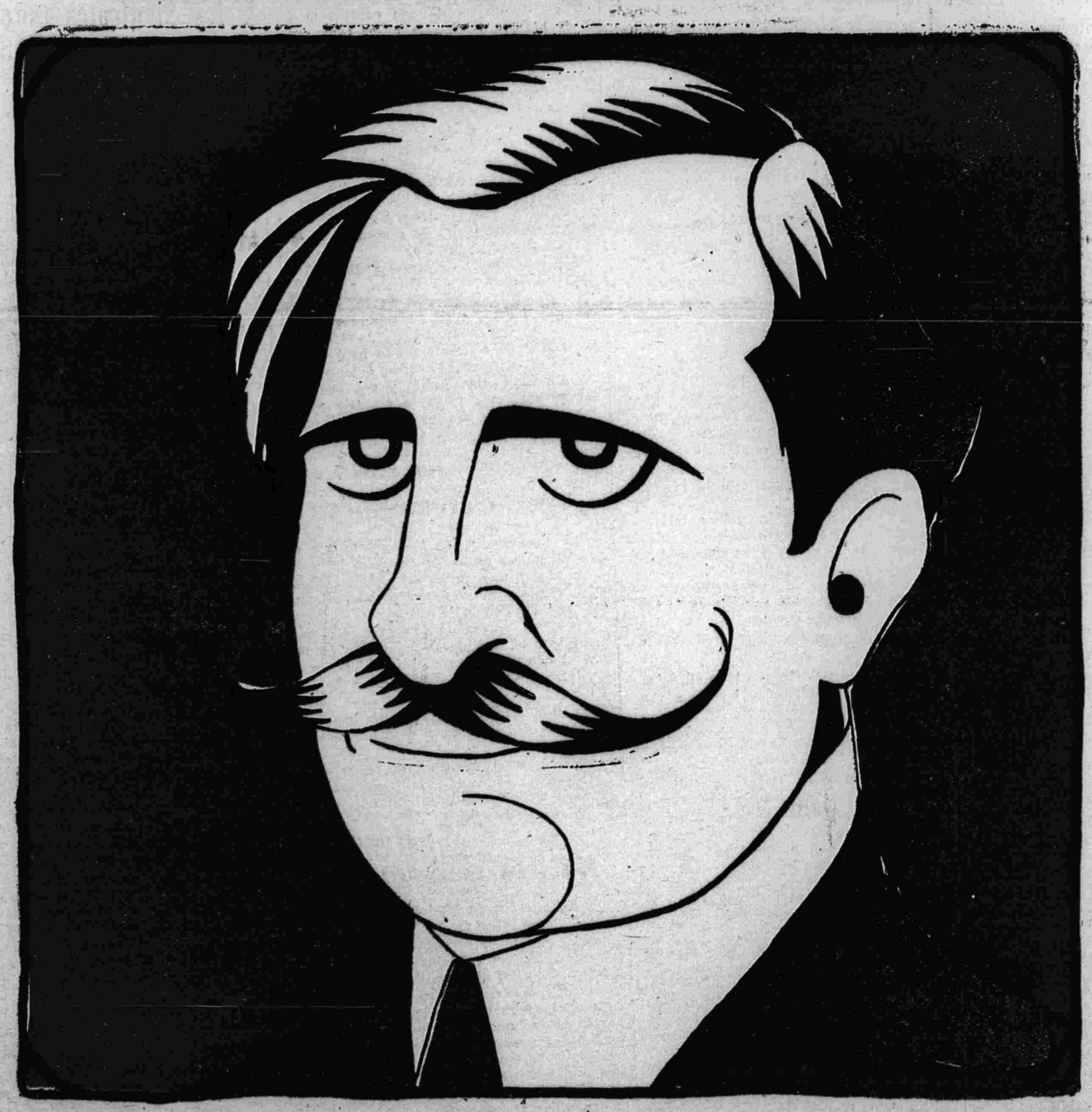
Año III | Buenos Aires, Octubre 21 de 1922 | Núm. 89

Director
JULIO J. CENTENARI
— ATEO —

EL ANIMALITO
SALE DE LA CUEVA
Martes y Sábados - 10 cts.
Unión Telefónica 412, Mitre

REDACCION y ADMINISTRACION.
Calle DEAN FUNES 1692
BUENOS AIRES

ALBERTO GHIRALDO



"El caballero del ideal"

SUSCRIPCIONES:

TRIMESTRE . . . . $ 3.00
SEMESTRE . . . . " 6.00
AÑO . . . . " 12.00

LAS SUBSCRIPCIONES DEBEN ABONARSE POR ADELANTADO, EN GIROS, CARTAS CERTIFICADAS O PERSONALMENTE AL DIRECTOR JULIO J. CENTENARI, CALLE DEAN FUNES No. 1692 BUENOS AIRES.

DIRECCION

A un Ferroviario.— Siete años de servicios prestados, no le conceden a usted, por sí sólo y a los efectos de la jubilación ningún beneficio.

—

Al obrero de coches y vagones de los talleres del F. C. Pacífico, Domingo Mostrondea. — Recibí su carta, y por ser demasiado elogiosa para mí, no la publico, no obstante esto, le agradezco mucho la defensa que usted me hace.

—

A los compañeros Dominco Cháo, Eduardo y Magnasco de Mechita.—Recibida la revista. Cuando se toquen esos asuntos, nos ocuparemos de lo que decís. La colaboración que trata de Sapho fué publicada antes en "Caras y Caretas". De aquí, la tomaron esos. No merece la pena hablar de ello.

DONACIONES

Pedro A. Arias dona $ 2 para comprar un par de alpargatas para EL PELUDO, para que no se lastime los pies y pueda correr a todos los frailes, monjas , monaguillos y demás cetáceos.

—

Luis Zabala dona $ 0.50; P. D. Belle dona $ 0.50; Antonio Peñaloza $ 1; agradecido a todos.

—

Gervasio Pacheco dona $ 1.

J. A. Molina dona $ 2 para que el animalito EL PELUDO siga sacando al sol a esos inmundos cucarachones que tienen la conciencia más negra que los calzoncillos que llevan puestos encima.

VIDA

Domingo Colotto, pagó hasta el No. 84; G. Sánchez, recibí $ 10; M. Woscoff, $ 10; José Lamas, recibí $ 25, espero crónica; Juan Ferrabosco, $ 32.40; Agustín Perreti recibí $ 12; Juan Sardi, $ 5.05; Domingo Matarazzo, pagó hasta el Nº 84; José Barca, pagó hasta el N.o 84; Antonio Iglesias, $ 7.50; Nicolás Rosell, $ 10.80; Cipriano Avalos, $ 18.94; Acacio Palma, $ 7.35; P. D. Casasco, $ 15.

A los suscriptores

Cuando no reciban el semanario, es señal que la pólvora que mandaron para matar frailes se acabó, en consecuencia, para seguir matando, deben mandar pólvora en abundancia.

Cura corruptor

Pehuajó, 3 de octubre de 1922.

Señor Julio J. Centenari

Director de EL PELUDO, Buenos Aires.

He tenido oportunidad de leer el número 75 de su ilustrada publicación en la que evoca mi nombre al ocuparse del asunto relacionado con la seducción de mi hija menor de edad por el cura de este pueblo.

Yo le quedo muy agradecido por lo que ha publicado, pues en esta localidad todos los periódicos tienen miedo de escribir nada al respecto, ni siquiera han querido hacerme unos cuantos carteles para ponerlos al público como era mi deseo.

Yo, señor Centenari, soy un pobre jornalero y necesitaría de un defensor para que se hiciera justicia en este caso criminal que me ha pasado con mi hija.

He acudido a varios y me han contestado que no se animan a defenderme, porque es un caso tan raro y estupendo, que se produce muy pocas veces, excusándose con el pretexto de que la declaración de la chica no vale nada en este triste asunto.

Yo quisiera saber si esto fuera cierto, el por qué se hallan encausados y en presidio muchos criminales debido a declaraciones de menores, como ha sucedido hace poco con el repugnante crimen del Azul y otros muchos que hay por el estilo cuyo descubrimiento ha sido por declaración de niños.

Aquí, en lo que a mí me sucede, hay varias declaraciones del mismo cura, como comprobante de ser el autor del hecho.

La chica fué trasladada sigilosamente y a la fuerza desde el convento colegio que se educaba a la casa del cura sin que yo supiera lo que ocurría y cuando llegó a mi conocimiento, ya eran dos meses que se hallaba en casa del cura. De modo que cuando ha sido desflorada, tenía mi hija diez años y pocos meses.

El cura trata de desviar el asunto, pero no puede porque hay muchos comprobantes. La primera declaración fué tomada el día 6 de agosto del año corriente y hasta ahora, no se sabe nada. Es probable que los millones tengan todo comprado y el sumario quede olvidado bajo carpeta.

Yo espero que usted me dirija dándome alguna idea o consejo y de qué forma puedo manejarme, porque yo en estos asuntos entiendo muy poco.

La chica, recién ahora tiene doce años; así que si usted es gustoso en hacer algo en mi favor se lo agradeceré mucho.

Le saluda atentamente.

Nicolás Amen.

Calle Gorriti 423.

. . . .

Ahora habla EL PELUDO.

Ciudadanos honrados de Pehuajó: Ahí tenéis las consecuencias funestas de entregar al clericalismo las niñas para su educación. Los conventos colegios, son casas de depravación donde no se respeta ni el honor de las vírgenes ni la inocencia de la niñez.

El caso que relata la carta anterior, es indudable que se ha realizado con la complicidad de las monjas, las encargadas de enseñar, siendo tan criminales ellas como el mismo autor; lo que demuestra, que tan corrompidas son esas mujeres de tocas blancas, como los hombres que se visten por la cabeza y se llaman ministros del Señor.

Esa gran porquería que ha realizado el cura de esa ciudad, es un insulto a vuestra cultura, a vuestro honor, a todas las familias honradas que tengan hijas e hijos menores, y a cuantos poséen un resto de pudor.

Se hace necesario e indispensable que levantéis enérgicamente vuestra voz pidiendo que se haga justicia y luz en este asunto bochornoso y tenebroso entre los que más, demostrando de este modo que no sois cómplices conscientes ni encubridores de tanta maldad, y que caiga todo el peso de la ley sobre ese cura estuprador y corruptor de menores.

Crápulas de esta naturaleza son una deshonra para vosotros los que tenéis hijas, hermanas, esposas y madre.

De ninguna manera debéis abandonar a ese padre desventurado y desheredado de la suerte que pide justicia, porque la honra del mismo está unida a la vuestra como habitante de esa ciudad.

El cuadro repugnante de lo que le ha sucedido a Nicolás Amen, subleva el ánimo del ciudadano menos escrupuloso, porque es de lo más odioso y asqueroso que se puede concebir.

Muy criminal es la acción de prostituir a una mujer casada, a una señorita que ya tiene alguna edad que confían en la falsa castidad de los representantes de la religión; pero es inconcebible y estupendo el acto inicuo y denigrante cuando se trata de una niña de diez o doce años, como en este caso.

Aquí no hay atenuante ni disculpa posible para el autor de tanta depravación: ni siquiera los encantos de la pubert[illegible]; porque el sátiro ese, se ha ensaña[illegible]ad; suciado y manchado el honor [illegible]o, ensuciado con la niñez inconsciente, [illegible] la moral, [illegible]con la inocencia y candor de una t[illegible]erna criatura, y sólo los salvajes y [illegible] las bestias humanas, suelen co[illegible]meter alguna vez delitos de esa m[illegible]agnitud.

Diarios y periódicos de Pehuajó: erguíos y honrad vuestra profesión de periodistas, haciéndoos eco y aclarando toda la maldad que encierra este caso original de Nicolás Amen, que es por demás inaudito.

No estaréis solos. Todas las personas de conciencia sana os ayudarán, porque no vamos a suponer que guardais silencio por temor al fraile o cura que ha cometido tal fechoría, ni por miedo al clericalismo y sus secuaces. Esto supondría una cobardía en los que deben ser dignos representantes de la prensa de este país.

Lo que menos se puede pedir en esta nación liberal, es que se cumpla la ley y se aplique el Código a los tonsurados que cometen mal[illegible], lo mismo que a un criminal vulgar. Es vuestro deber como periodistas y como argentinos.

¡Fuera esa peste religiosa! Hagamos el vacío a todo lo que huele a clericalismo y con este modo de proceder pondremos a salvo nuestro honor, el de nuestras hijas, esposas, hermanas y madres; y los varones jóvenes y niños, no seguirán el mal ejemplo de la corrupción y la mentira que inculcan y enseñan los putrefactos clericales de ambos sexos que como una plaga pestífera van invadiendo esta república de los Rivadavia, Belgrano, Moreno y San Martín.

Le aconsejo a Nicolás Amén, que vea ahí en Pehuajó algún abogado y estoy seguro ha de encontrar un profesional honrado y de conciencia que le defienda en ese asunto que pertenece a la provincia. De ser en la Capital y con las buenas pruebas que tiene lo tomaría yo, y que saquen los frailes sendos millones, que todos son pocos para pagar tanta maldad.

Julio J. Centenari.

—

Agentes tramposos

Les comunico a los tramposos, que el que no pague antes de un mes, les voy a hacer dar una paliza de padre y señor mío, con los compañeros y simpatizantes de "El Peludo".

Como ya varios de los graciosos que me estafaron recibieron buenas pateaduras, el que no quiera recibir chichones o quedarse sin muelas deben girar lo que deben.

La Dirección no se responsabiliza, si le hacen volar la casa a bombazos de dinamita.

Los que no paguen en el plazo acordado, aparecerán sus rantifusos nombres en "El Peludo". Ya saben, atorrantes, ¡cuidado con la viuda!

J. J. Centenari.

—

Noticia sensacional

Al Gobernador de Misiones y al Intendente, el cura les rompió las sucias cacerolas, dejándoles el buraco más grande que antes. Ambos se dejan montar en pelos por el fraile, digo, reciben los dos jesuítas órdenes del fraile. La actuación de ambos es bien conocida. Al Gobernador lo acusan que es un ladrón, y al Intendente un coimero que extorsiona la población con su inmunda y cochina botica, obligando a los obreros a que compren medicinas en su tenebroso antro de envenenador humano. Que se siga el boicot decretado contra el desgraciado Intendente afeminado.

Este tipo lo conocí en Buenos Aires una vez que vino con licencia, el que tenía la manía de quitarse los pantalones y hacer pininos ante los transeuntes.

J. J. Centenari.

—

El Gobernador de Jujuy

El sotreta Córdoba, Gobernador de Jujuy, es el bruto más grande que madre donó al mundo. Es notoriamente conocido por el asno más animal del globo terráqueo. El bruto se cree superior a la Constitución y en su provincia la libertad de imprenta no existe, porque a la bestia no le conviene.

Viejo ruín! Es usted el animal más imperfecto que pudo crear su amo el señor Hipólito Irigoyen, otro digno ejemplar.

Que lo echen a ese imbécil analfabeto; que lo manden al colegio para que aprenda las vocales. Fuera el asno, su lugar es la pesebrera.

En Jujuy, ciudadanos, ha desaparecido totalmente la prensa opositora, bajo la presión oficial del ratero Córdoba, para evitar el contralor público sobre sus manejos deshonestos de sinvergüenza y pillo caloteador de los fondos públicos.

J. J. Centenari.

—

A los Sindicatos Obreros, Sociedades y Bibliotecas

¡Ojo! ¡Ojo! ¡Ojo! .

Voy a desenmascarar a un montón de alcahuetes de la Liga Patriótica Argentina que la patrocina el rantifuso y canfinflero de negras cocineras Manolito Carlés, alias el Chulo patriota.

Tengo en mi poder la lista íntegra que pude hacer pescar en la Secretaría de la Liga, de todos los alcahuetes que la forman y que son los jefes principales.

Cada uno de esos perturbadores del orden público, aparecerán en letras de molde en "El Peludo". En la lista haré constar el pueblo donde viven, si la policía le presta el concurso a la Liga, y si el fraile está también en contubernio.

Como los datos son exactos, me responsabilizo de ellos.

Tomen nota los Sindicatos y demás entidades, para cuando llegue la hora de tocar a degüello con todos ellos.

J. J. Centenari.

—

Ecos de los sucesos patagónicos

Acuerdo de los ministros del sinvergüenza de Irigoyen reconociendo los fondos invertidos en la masacre de obreros.

—

Antes de abandonar la Casa Rosada, el bandolero Irigoyen con su gavilla, ha dispuesto la inversión de la suma de 112.000 pesos moneda legal, por concepto de gastos extraordinarios hechos por la gobernación de Santa Cruz, con motivo de los escandalosos asesinatos llevados a cabo por la policía y militarismo, realizados en la presidencia del gran inútil y sanguinaria hiena mazorquera.

Los asesinos de obreros fueron pagos, pero los fantasmas de los asesinados traidoramente por el comandante Varela y su gavilla, no desaparecerán jamás de la mente de los ejecutores.

¡Malditos sean, perros! Que caigan en vuestras familias las desgracias más grandes, que penetre la tuberculosis y el cáncer, para eliminar a toda esa raza de sedientos de sangre humana. ¡Mueran, canallas! Ríanse, miserables, de la gran hazaña llevada a cabo. ¡Desgraciados! La mano de la Naturaleza os castigará como os merecéis.

J. J. Centenari.



Paisajes de la aldea

Curada

Flaca — es esta mujer — desgreñada, desarrapada.

Usa unas faldas coloradas, hechas girones, por donde asoman intranquilos los retazos que restan de otra falda interior color de mosto. Lleva, cubriendo el cuerpo flácido, encorvado, huesudo, — entre un montón de trapos, asoma un escapulario — medio poncho verdoso. Por las alpargatas, en chancleta, rotas, se ven los dedos de los pies... Camina por el medio del carril, por los relejes de las carretas, tropezando con los delezables montones de arenilla que formaron las pezuñas de caballos o bueyes...

Viene harta de mostagán, ''curada'', trae la boca entreabierta, la que le dá el semblante terroso, expresión de idiotez. Juega con la mano, — de sarmentosos dedos — con los flecos sobrevivientes del poncho que la abriga. Con la otra mano, a veces intenta acomodar bajo el pañuelo floreado, unas mechas de pelambre gris.

Al llegar frente a un árbol, se ha puesto seria, trágica, la cara iluminada por la sonrisa idiota. Bambolea unos instantes, reconoce al árbol. Es una acacia florecida, fraganciosa, alta. La **curada** quiere subir para llevarse las manos llenas de aquellas florecitas blancias, y manotea un largo rato junto al tronco áspero. Para aligerarse — bamboleándose siempre — arroja el poncho, y torna a manotear y a ''patear'' al pié del árbol, sin conseguir prenderse de una rama para subir. Aumentásele la seriedad de la cara, algo dice que ni ella se entiende. La falda colorada continúa desgarrándose. El escapulario ha quedado sobre un hombro, sobre la espalda, sobre el otro hombro, siguiendo, el movimiento de aquel cuerpo que intenta con saltitos de una pulgada subir a la acacia.

De pronto el balanceo del cuerpo se hace más fuerte, y el equilibrio se pierde definitivamente con unos desesperados manotones en el aire.

Queda la "curada" como un montón de harapos multicolores, fuertemente dormida sobre el acolchado arenal del carril. Un viento caluroso, norte, comienza a soplar. Las flores secas de la acacia caen sobre el hacinamiento de harapos como partículas ligerísimas de oro pálido... algunas siguen con el viento el camino loco de las cosas abandonadas a su propio destino.



—¡Oh, destino cruel y amargo! Parece que el hado de la muerte lo agosta todo. ¡Amor, alegrías del alma, simpatía, todo ha desaparecido para mí! ¡Con el corazón partido por el dolor, sólo cuento con mi guitarra para lamentar mis penas y hacer vibrar sus cuerdas contra la maldita burguesía y la tenebrosa dominación católica, los eternos verdugos de la sociedad actual!

Bajo el oro del sol

Un camino largo, cortado a la distancia por una loma donde amarillean unas matas secas. Sube a la derecha el terreno, verdeando apenas. Enfilan las ramas algunos olmos y se entretejen en el pentágrama de los alambres del cerco, unos yuyos. Se aplana el campo a la izquierda y semejan brochazos verde intenso los álamos en fila.

El camino se resquebraja de puro seco. El polvo almohadilla las huellas donde se hunde la pata del caballo molestado siempre por las moscas pegajosas. Cae el sol a plomo. En los ojos parece reverberar el polvo como si se adornara con partículas de cristal... y el camino se estira, se alarga, se hace interminable... Pasada la loma, se endurece el suelo corto trecho; lo cruza una acequia; lo sombrean los álamos; comienza a serpentear perezosamente, aumentan las reverberaciones de cristal molido, impalpable, insignificante. El aire quieto, aplasta, como el sol. Un sauce se yergue en el camino como un centinela encresponado de verde, retorcido en aquel suplicio de años, bajo el rayo, sin una gota de agua. Nace a sus plantas un diminuto sendero pardo que se pierde de vista entre una plantación de duraznos de meses. Más allá, las viñas continúan las contorsiones del suplicio en muecas inacabables de sarmientos que comienzan a florecer...

El camino continúa culebreando bajo el oro del sol... Todo se arquea como un lingote en la fragua. Solo los álamos en riglas, se atreven a levantarse, en un atrevido desafío hacia las nubes blancuzcas, bajitas, apelotonadas, torcidas, contorsionadas ellas también...

El caballo, resudado, hace otro esfuerzo y comienza un galope imparejo, achatado, hasta que el camino se queda solo, sin álamos, sin olmos, marcado apenas por el alambrado perdido en la desolación de aquel campo pardo, en el que blanquea a veces una mancha de salitre, o se interrumpe en el hacinamiento una osamenta de animal abandonada... Ni viento sopla. El caballo que galopa deja una pequeña nube de polvo, que sin ganas de subir como apesadumbrada a su vez por el sol cae enseguida sobre el camino, como piedra...

A la legua, tras un repecho, aparecen de nuevo los álamos desafiando las nubes.

B. González Arrili.

Como son explotados los trabajadores en el Chaco Santafecino

Abusos incalificables de la Compañía de Tierras, Maderas y Ferrocarrriles ''La Forestal Lta.''

Siempre ha faltado una legislación enérgica que pusiera fin y reprimiera los abusos incalificables de que son víctimas los trabajadores argentinos en el interior de nuestra república, especialmente en las regiones del Chaco Santafecino. Empresas industriales que, merced a ciertas concesiones discutibles, han conseguido la explotación de tierras o bosques, acumulan escandalosamente grandes fortunas contando en su acción especulativa con la impunidad de las leyes nacionales. El sistema de los vales, tantas veces denunciado, es una prueba típica de la escandalosa explotación que sufren los obreros ocupados en esas tareas. Y la ley de pago de salarios en moneda efectiva, que pudiera poner fin a tantos abusos, se encuentra encarpetada en el Senado Nacional, especie de mar inexorable donde naufragan todas las buenas iniciativas que pueden votarse en la Cámara de Diputados.

No es un secreto para nadie, como se han acumulado y se acumulan fabulosas fortunas en esas explotaciones. En la generalidad de los casos la concesión de tierras o bosques, se ha hecho a título graciable. La generosidad de nuestros gobiernos, en ese sentido, es única. Y una vez con tierras o bosques para explotar, ha sido tarea demasiado fácil conseguir brazos. Dorada facilmente la píldora, se han alejado de la metrópoli a centenares de obreros, hasta regiones lejanas y desconocidas, donde las condiciones de vida y de trabajo eran bien distintas por cierto, a las estipuladas en los contratos respectivos. Allí han tenido que transigir con la amarga realidad. Miserables condiciones de vida, jornadas abrumadoras de trabajo, salarios de hambre, sujetos a disciplinas férreas. Algo muy parecido a la vida que se pasa en ciertos lugares de Misiones y que Horacio Quiroga ha descrito magistralmente en ''Los Menzú''.

''La Forestal'' es un caso típico de esa explotación desenfrenada.—

Como un caso típico de esa explotación desenfrenada a la clase trabajadora, podemos presentar a la poderosa Compañía de Tierras, Maderas y Ferrocarriles ''La Forestal Lda.'' que tiene su sede en Londres y su agencia principal en Buenos Aires, calle Paseo Colón 185. Dicha compañía en gran parte opera en el Norte santafecino y los medios puestos en juego para con los obreros contratados, han debido ocupar la atención del Departamento Nacional del Trabajo en infinidad de ocasiones.

Insoportable, bajo todo punto de vista, deben ser las condiciones de vida y de trabajo para con los obreros cuando hemos recibido una apreciable cantidad de quejas concretando denuncias, cada cual más grave. Parece que los obreros son llevados hasta las sucursales de la explotación, alentados por la visión engañosa de buenos salarios y toda clase de seguridades y comodidades. Ya en su destino, las cosas cambian mágicamente. El salario estipulado en el contrato es rebajado con cualquier pretexto. El obrero, a quien se le ha adelantado pasaje, tiene que sufrir durante algún tiempo la esclavitud del obraje, si no cuenta con el dinero suficiente para reembolsar la cantidad recibida, cuando no son trasladados a sucursales más lejanas, pretextanto necesidades del trabajo y con el sólo objeto de distanciarlos de todo centro civilizado.

Un contrato de trabajo que jamás se cumple.—

He aquí transcripto fielmente, un contrato de trabajo que jamás se cumple. Es una especie de ''engaña-pichanga'', en la que los trabajadores caen ingenuamente y en grandes cantidades:

''El portador............ de oficio ajustador mecánico, es el operario que hemos contratado para esa sucursal, bajo las siguientes condiciones que él reconoce y por las cuales se ha manifestado conforme, según consta de su firma al pie.

a) El operario podrá ser trasladado a cualquiera de nuestras sucursales, siempre que el servicio así lo requiera y sin que esto importe modificarle las condiciones estipuladas.

b) Percibirá un jornal de ochenta centavos la hora por un día de 8 horas y de acuerdo con los reglamentos de la compañía que se hallen vigentes. Las horas extras que hubiese de trabajar le serán abonadas a razón de ochenta centavos la hora, más un aumento de 25 por ciento.

c) Tendrá habitación libre sin muebles, siendo de su esclusiva cuenta los gastos de manutención, etc., en que pueda incurrir.

d) La asistencia médica que pueda necesitar será gratuita por los médicos de la compañía, siendo de su cuenta los gastos correspondientes a medicamentos, etcétera, es decir, los denominados de farmacia.

e) Los gastos de viaje hasta esa sucursal que importan en total la suma de $........ le han sido adelantados en este momento y deberán serle descontados de su jornal dentro de los dos primeros meses.

f) Si el operario indicado continuara a nuestro servicio por un término no menor de seis meses, deberá serle devuelto el importe adelantado que se expresa en el inciso anterior.

g) El jornal empezará a contarse desde el día en que el operario saldrá para esa''.

Esto parece una jauja. Ya veremos su belleza y como se cumple el contrato, cuando el pobre obrero ha llegado a su destino.

Ha sido deportado el arzobispo de Guatemala

Despachos recibidos en esta capital por el cónsul de Guatemala, enviados por el ministro de Relaciones Exteriores de ese país, informan que el gobierno se ha visto precisado a expulsar del territorio al arzobispo, debido a la intervención directa del clero en los últimos disturbios habidos en esa república.



..—¡Mira, Federico, qué habilidad! con un sólo golpe de espada, ese oficialito corta las manos a los chicos!

Paul Sevigny

UN CASO DE CONCIENCIA ANARQUISTA

Vertimos al castellano, de un folleto editado en francés, el siguiente relato que de Paul Sevigny hizo el director de una escuela a un periodista americano, relato que habiendo sido reproducido en un pequeño folleto dió mucho que pensar a la policía en el tiempo de la última guerra.

Paul Sevigny, comienza el viejo director, "es la historia de un hombre que no quiso matar".

Acaba de cumplir sus tres años de servicio militar que ha odiado.

Está pálido, pero fuerte; con la palidez de esos que han dado muchas veladas al estudio. Sus ojos negros tienen todo el fuego y la cualidad penetrante que se encuentra en los hombres de acción y de pensamiento.

Es pasible, estudioso y bueno. Todo el mundo lo ama. Los discípulos lo adoran. Es con ellos todo dulzura y jovialidad, pero es bastante firme para inspirar respeto y obediencia.

Los discípulos aprenden rápidamente bajo su tutela y se hallan felices con él.

La mañana que fué conocida la declaración de guerra, le pregunté a Paul cuales eran sus sentimientos. Nunca olvidaré la expresión de su fisonomía cuando me miraba con sus ojos relumbrantes de una clara y fuerte resolución.

"La guerra, respondió, es sin duda una cosa horrorosa y vergonzante. Yo nada tengo que hacer con ella."

No comprendí inmediatamente la importancia de sus palabras y le repliqué en mi asombro:

—¿Pero Vd. deberá salir cuando se convoque a vuestra clase?

Sonrió dulcemente.

—No, nadie, nadie me forzará jamás a tomar armas contra otros hombres.

—¿Quiere decir V. —le grite— que se rehusará a marchar cuando la Francia lo llame?

Precisamente —declaró.

—¡Mas eso sería censurable —repliqué; —será vergonzoso que Vd. haga fuerza para salir porque será encarcelado para peor mal!

—Cualquiera cosa que se me haga no se me obligará a combatir. Esta guerra es monstruosa; es la obra de los diplomáticos, de los gobernantes. No de los pueblos! Es el asesinato legalizado. Yo no asesinaré por cuenta del país en que habito ni por ningún poder de la tierra. Esa es mi resolución!

Conversemos de otra cosa.

No continué la discusión pensando que su resolución no era más que una ilusión y que llegado el momento se alistaría como los otros, en menoscabo de todas las opiniones y credos.

Parece que tuve razón, porque Paul fué persuadido por algunos amigos de que le era preferible presentarse a las oficinas de reclutamiento. Se arregló para él por intermedio de algunos amigos influyentes de París, para que fuera empleado donde no tuviera que combatir. Se hizo soldado y se despidió de mí para ocupar el empleo que pensaba obtener.

—Sólo por esa razón me hago sumir en el régimen militar — me dijo Lo odio enteramente y a todo lo que de él deriva, odio el uniforme: es la insignia del bebedor de sangre del carnicero, del hombre que está más bajo que las bestias. Soy tímido, sacrificaré mis convicciones, mi ideal hasta ese punto pero más lejos de eso, no iré ¡No combatiré! ¡No quiero matar! ¿Qué importa lo que se haga de mí? Adiós mi viejo amigo padre mío.

Partió con su regimiento a algunos puntos de la movilización cerca de París donde hizo ejercicios con el regimiento, pero contaba de día en día con el empleo que le habían prometido.

Se sucedieron algunas semanas y no fueron cumplidos más que los mandatos de la guerra.

Una mañana la puerta de la escuela se abrió y Paul entró. Estaba vestido con su viejo traje negro; su semblante estaba huraño y rígido pero sus ojos brillaban como siempre de su espíritu indomable.

En cuanto le reconocieron, los niños se atropellaron, gritando de alegría. La disciplina fué rota; aclamado y molestado con sus preguntas se lanzaron sobre el pupitre mientras me extendía la mano.

—Silencio, mis pequeños — gritó él — he vuelto para reanudar las clases. Volved a vuestros lugares.

Era casi la hora de la salida; así acordé a mis discípulos descansar gritando, felices, la novedad a los que se encontraban en la calle.

Silencioso escuché las explicaciones.

—He terminado — dijo: se me ha engañado.

Mi regimiento fué enviado anteayer al frente. Yo partí con él esperando hasta el fin obtener el trabajo prometido.

Esta noche acampamos a una milla de las tricheras y debíamos encontrarnos esta mañana en la batalla. Yo me escapé. En la confusión no fuí arrestado. Tiré mi uniforme a la letrina. Este es mi verdadero traje. Yo soy educador y no carnicero. Permaneceré con vosotros, pues, como de paso hasta que me vengan a buscar ¡No tardarán!

Me sumí con él en lágrimas y le mostré los peligros de su posición, el desprecio y la cólera de las gentes de la ciudad; como serían interpretados mal sus motivos y que sería mirado como un traidor, como un cobarde.

Le dije que sería juzgado, condenado y probablemente fusilado.

—Sé todo eso — respondió — es inútil discutir. Si Vd. no quiere que venga a la escuela, me alejaré y esperaré en mi casa. Pero desearía estar aquí cuando ellos vinieran a buscarme. Me parece cosa insignificante eso para el que se determina dar su vida por un ideal. Estoy de acuerdo.

Ese día terminó el curso después de medio día y enseguida fué a pasear por la ciudad donde otro tiempo no había encontrado más que sonrisas y amistad y joviales salutaciones.

No encontró entonces más que miradas sospechosas e interrogantes. A todas las preguntas respondía simplemente que había vuelto para reanudar sus clases.

A la noche todos sabían que Paul Sevigny había desertado del ejército, vuelto a poner el traje civil, que había reabierto la enseñanza.

La noticia de su vuelta llegó hasta las autoridades militares. Yo recibí la visita de un oficial de la plaza y fuí abundantemente interrogado. Le dí las menos explicaciones posibles. Nada sucedió en aquella noche, pero al otro día por la mañana, mientras los niños estaban en lo mejor de sus lecciones de gramática Paul estaba de pie explicando en la pizarra, lo que se esperaba se produjo. Oímos la cadencia del paso en el exterior, el sonido de fusiles golpeando en el suelo y la puerta fué sacudida y abierta por un joven oficial.

—¿Paul Sevigny? — preguntó.

—Aquí estoy, señores, respondió Paul tranquilamente desde el lugar de su pizarra.

—Se os llama al cuartel general, enseguida, venid.

Paul se dirigió a lo alto de la pizarra y escribió con letra clara esta pequeña máxima:

"La guerra es una bestia salvaje que devora la civilización".

Se volvió a los niños y le dijo:

—¡Adiós mis queridos pequeños! Esta es mi última lección. Estudiadla bien y no la olvidéis nunca!

El juicio de Paul, a puerta cerrada, fué rápido y breve.

Supimos más tarde que no hizo objeción ni puso ningún subterfugio. Se conformó simplemente con expresar que no combatiría y que después de haberse dado cuenta de que la promesa que le habían hecho no fué cumplida, abandonó el ejército y volvió a su profesión.

Fué declarado culpable de cobardía y deserción ante el enemigo y condenado a muerte.

Antes de ser pasado por las armas, Paul Sevigny abrazó a su viejo director y le dijo:

—Algún día se sabrá que he muerto, no como un traidor, ni como un cobarde, sino por protestar contra la tiranía y el mal y por mi fe en la regeneración del género humano.

El relato se basta a sí mismo. No necesita ningún comentario. Más tolstoyano que anarquista, Paul Sevigny, que la opinión pública considera como un cobarde como si este que prefiere la muerte a la ignominia o el sacrificio de su ideal no fuera el signo mismo de la valentía — será para nosotros un modelo, un precursor. Seremos los vigilantes de su memoria.

Nos acordaremos siempre que al mandato de "morir o matar" que recibió de sus gefes, respondió: "Haced de mí lo que queráis. Yo no combatiré. No mataré!"

La última lección que hizo a sus discípulos la propagaremos siempre y en todas partes. Continuaremos su obra.

Por la traducción — **Fiolín.**

Frutos desazonados

En el asilo no la admitieron. La madre enferma había llamado a la puerta con su hijo en brazos. La respuesta fué negativa. ¡Negativa!... Era una desconocida. Una perdida, tal vez. Alguna mujer de todos disfrazada de madre. ¿Quién atestiguaba lo contrario? Le era necesario justificar su identidad y asegurar su ingreso, mediante una recomendación de la señora Presidenta.

La pobre mujer se contempló un rato. Escudriñó sus andrajos. Repasó a su hijo. Observó a su alrededor. Luego consultó el caso con el archivo de su conciencia. Por él supo que su físico, no cotizable y su harapienta indumentaria, exhaustas de cualidades precisas, no le concedían crédito suficiente para llenar el requisito exigido. A renglón seguido caviló. ¿No se había equivocado de puerta? No, allí a su frente, tiesa como un monolito, repleta de cómica gravedad ascética, la hermana portera la contemplaba indiferente.

Fuése hasta la vereda. Sí. Sobre el portalón de esa vasta casa leíase en un viejo escudo este título irónico: "Hermandad de los humildes" "Asilo de pobres". ¿Pero entonces?... Balbuceó algunas palabras". Expuso con crudeza la realidad de su estado presente. Ella no buscaba trabajo. Estaba enferma. Era un engendro social gestado en el muladar de los vicios carnales. Caminaba sin Oriente. Iba desde la cuna al Occidente de su vida. Acostumbrada a que la miseria le fustigara las espaldas con torturas de Knut, bastábale cualquier rincón para reposo. No quería más que un poco de salud para ella y alimento sano para su vástago. ¡Nada más!

Obtuvo igual respuesta.

Pero. ¿qué era entonces la Caridad? ¿qué un asilo? ¿Acaso la Caridad es dádiva servil del arbitrio humano? ¿Un sentimiento artificial? ¿Un paliativo para acallar repudiables murmuraciones de salón? ¿Un deseo mezquino, puesto al cubierto por la pusilanimidad del más allá? ¿O es cómo el honor, un sentir inspirado para ser más grande ante el concepto de los extraños, que al de la propia conciencia? Un asilo ¿un sitio expiatorio de vedadas faltas?

La mujer puso toda la fuerza intensiva de sus pupilas en los ojos fríos de la hermana. Y en la obscuridad de su cerebro, relampagueó de pronto una luz. Un chispazo eléctrico de súbita clarovidencia. Vióle los ojos abiertos. Muy abiertos. Tan abiertos, que se supuso dos ventanas donde la luna encajaba su luz polar a una estancia ennegrecida por la sombra....

Sí. La hermana tenía los ojos muy abiertos. Fué lo suficiente para comprender. Allí no vivía ya una señora muy anciana que se llama Caridad. Se marchó.

Otra vez en la calle. Anduvo de nuevo errante. Más agobiada más tétrica, más torva, con una faz más de crimen, más de muerte, siguió cual perro acobardado, a lo largo de las paredes.

Muy cerca de ella, arrebujadas en bruñidos coches, desfilaron muchas auténticas mujeres de todos. Muchas de aquellas criaturas, con raquitismo medular, neurasténicas de lujuria, febricientes de holgorio, que para recibir asilo les sobra el aliciente de cuatro palabras de ritual. Se los da el certificado de sus hechizos extendido ante un espejo.

O la morbicidad exótica de su cuerpo modelado con arte de esteta. De esos seres que no buscan, porque los encuentran. Que no piden, porque los solicitan. Seres que en el mercado mundial del Amor no alcanzan a cubrir las exigencias de las leyes de la demanda. Que posan en la sala de su exposición con deleites de Afrodita... Pasaron muchas...

Pasaron, también, muchas damas sudando orgullo y pavoneando pompas de estopa. Erectas. Severas. Imponentes. Incendiando la retina de los imbéciles con el fulgor de sus diamantes.

Unas, en automóvil. Otras, en carruajes. Pasaron muchas.

Y todas, unas y otras, hermanas en la afectación, torcían el semblante ante esa perspectiva de hospital, paseando ante sus ojos la caravana de sus miserias sin tregua. Insultándolas con la befa soez de su presencia, que nublaba el campo de su visual, con tantos harapos y fetideces...

La mujer, con el corazón partido por los hachazos del rencor, seguía su marcha, esquiva y vacilante...

Llegó la noche. Fué cerca del malecón. Rabiosa, con la pólvora del odio encendida en su alma, dejó al niño en el suelo, cubrióle con un tajeado manto, y más allá, lejos del infante, para no ruborizarse de su testimonio, celebró con un vago, por despecho, la cópula de un amor, que bien pudo ser un atentado de lesa humanidad, con la agravante del egoísmo social.

Deodat.

ENGRUDO

Las elecciones municipales están próximas. Por lo tanto, las empresas fabricantes de engrudo se preparan a intensificar su trabajo.

Ayer, una persona que trabaja en una de estas casas, nos decía: "Mi casa se apresta para fabricar un millón de kilos de engrudo."

¡Un millón de kilos!

Será cosa de quedarse uno pegado a la pared.

¡Ah, los políticos! ¡Y después de tanto engrudo, cuántas desilusiones va a haber!

Mirando los muros de las casas y los paredones de las aceras. Buenos Aires parece una entrada de circo, de esas que pintan los escenógrafos malos para algún sainete peor.

No se respeta nada. Ayer mismo, un comercio protestaba porque la pegatina haba empastelado su frente.

Bueno. Esta mañana un comerciante no encontraba su casa.

¿Por qué? — diréis.

Pues, fácilmente. Habían cubierto la cortina de hierro, la puerta, el número, en fin...

Y eso que aún no ha comenzado la campaña electoral, que cuando empiece, será cosa de asegurarse para que no lo peguen a uno, como ocurre con los buzones.

¡Cómo son amantes al queso los políticos!

No necesitamos atorrantes, pues todos los Concejales son una punta de manyacañas, pelandrones y lunfardos!

El combatiente irregular no debe ser pródigo de sus proyectiles, que suelen andar escasos. No debe tirarse a los inofensivos, como tambores, músicos y capellanes. Solamente se debe afinar la puntería cuando se tiene enfrente un general o un caballo, sobre todo un caballo, porque no hay esperanza de que este capitule.

Las revoluciones dignas de tal nombre las hace el pueblo.

Un partido político no ha hecho jamás una revolución. A lo sumo, iniciarla.

Estévanez.

Separación de la iglesia del Estado

Echeverría — Asociación de Mayo — El dogma socialista

En la vorágine sangrienta de la lucha fratricida, entre federales y unitarios,, irradia una luz, como en las noches borrascosas, el relámpago ilumina el horizonte para advertir el peligro del camino que surge del seno de la juventud, para salvar al país de los horrores del terrible drama que se desarrollaba en el territorio argentino.

Era Esteban Echeverría, que en el año de 1837, en alas de la concepción más trascendental, levantaba la juventud de su época, para promover el movimiento regenerador, cuyos prolegómenos arrancaban de la revolución de Mayo y se propagaron en el año 1821, bajo la inspiración fecunda de Rivadavia.

En esos años lúgubres, se requería un temperamento de acero, bien templado, para iniciar una campaña de principios orgánicos, y sobre todo para hablar a un pueblo, fanatizado, tanto por federales como por unitarios, de libertad de conciencia, de emancipación moral de libertad de cultos, de separación de la Iglesia del Estado, de organización científica de la libertad, en fin del dogma socialista.

Saldías dedica todo el Capítulo XXVIII de su Historia de la Confederación Argentina a la iniciativa orgánica de Echeverría, para describir ampliamente las ideas y principios que proclama, y recordar la fundación de la Asociación de Mayo que fundó con cuarenta jóvenes, de los más destacados de aquellos tiempos.

Sus raros talentos, expresa Saldías, y sus constantes afanes se consagraron exclusivamente al mejoramiento social y político de su país, con cuyas necesidades él se había identificado por los sentimientos más enérgicos de su corazón. Era un pensador que quería descubrir los secretos del progreso en acción: un filósofo que reunía las fórmulas más adaptables para implantarlo; un sociólogo que presentaba los medios para desenvolverlo; y lo que no deja de ser raro, era también poeta. Era poeta; pero el teatro y la época en que actuaba subordinaron los vuelos de su rica fantasía al plan de la obra que se propuso llevar a cabo, y en la cual prosiguió sin desmayar un instante hasta el que fué arrancado a la vida en edad temprana.

Reunidos los amigos de Echeverría, fundaron la sociedad que en nuestra historia se conoce con el nombre de Asociación de Mayo, que se proponía la organización social por el predominio de principios fundamentales y de ideas de progreso.

En su programa, Echeverría, explicaba, las palabras simbólicas que constituían el dogma socialista que debía aplicarse.

Entre los principios que concibió Echeverría, corresponde mencionar los que se relacionan con la religión. Si la libertad de conciencia, decía Echeverría, es un derecho privativo del individuo, la libertad de cultos es un derecho de las distintas religiones. No se puede dejar de reconocer esta última sin atentar al derecho de cada una. La libertad de conciencia y de cultos será un hecho consagrado en la ley, y en la práctica cuando no se ponga obstáculo a la predicación de cualquier doctrina o al ejercicio de cualquier culto; y cuando los individuos de cualquiera comunidad religiosa sean iguales en derechos civiles y políticos a todos los demás ciudadanos.

La sociedad religiosa, agrega Echeverría, es independiente de la sociedad civil. Los tiranos han fraguado de la religión cadenas para el hombre, y de aquí ha surgido la impura liga del poder y del altar. No incumbe al gobierno reglamentar las creencias, si no escudar solamente los principios conservadores de la sociedad, y salva guardar la moral. El Estado como cuerpo político no puede tener religión porque carece de conciencia propia, desde que solo por una ficción legal estima persona jurídica. El principio de la libertad, de conciencia jamás podrá conciliarse con el dogma de la religión de Estado. Todos los cultos deben ser protegidos y respetados, mientras no atenten a la moral o al orden público. La palabra tolerancia en materia religiosa, acusa la ausencia de libertad. Se tolera lo malo; un derecho se reconoce y se proclama.

Echeverría tomó de la Revolución Francesa los principios fundamentales de la organización de la sociedad civil — Libertad, Igualdad y Fraternidad — y al explicar su programa expresaba: la asociación es la condición del progreso. Trabajar por difundir el espíritu de asociación, es poner las manos en la obra del progreso y civilización del país. La verdadera asociación existe entre iguales. La desigualdad engendra odios y rebaja los vínculos sociales. Para que la asociación corresponda a sus fines es necesario constituirla de modo que no se choquen los intereses sociales y los individuales; o combinar entre sí estos dos elementos, el social y el individual. En la alianza y armonía de estos dos principios estriba el problema de la ciencia social. La política debe encaminar sus esfuerzos a asegurar por medio de la asociación a cada ciudadano su libertad y su individualidad. La sociedad debe poner a cubierto la independencia individual de todos sus miembros; como todos los individuos están obligados a concurrir con sus fuerzas al bien común. La sociedad no debe absorver al ciudadano, ni el interés social permite el predominio exclusivo de los intereses individuales. La voluntad de un pueblo o de una mayoría no puede establecer un derecho atentatorio del derecho individual.

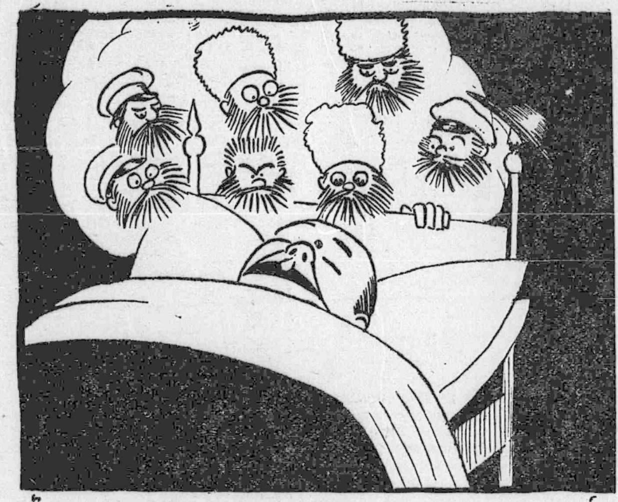
Ninguna autoridad legitima impera si no a nombre del derecho y de la justicia. Ninguna mayoría, ningún partido o asamblea tiene derecho para establecer una ley que ataque las leyes naturales y los principios conservadores de la sociedad, y que ponga a merced del capricho de un hombre la seguridad, la libertad y la vida de todos. Los que cometen este atentado usan de un derecho que no les pertenece, enajenan lo que no es suyo: la libertad de los demás. La salud del pueblo no estriba si no en el inviolable respeto de los derechos de todos y cada uno de los individuos que la componen. Para ejercer derechos sobre sus miembros, la sociedad debe a todos justicia, protección y leyes que aseguren su persona, sus bienes, su trabajo y su industria. La institución del gobierno no es útil, moral y necesaria si no en cuanto propende a asegurar a cada ciudadano sus imprescindibles derechos, y principalmente su libertad. Asociación, progreso, democracia son los términos correlativos de la tesis social humanitaria que se propone la joven generación argentina.

El progreso, explica Echeverría, es la ley de desarrollo de cada sociedad libre; y la revolución de Mayo fué la primera y grandiosa manifestación de que la sociedad argentina quería entrar en las vías del progreso. Pero cada pueblo, cada sociedad tiene sus leyes o condiciones peculiares de existencia, que resultan de las costumbres, de su historia, de su condición, necesidades físicas, intelectuales y morales.

(Continuará)

Florencio J. Garrigós.





El sueño de Monseñor D'Andrea

La limosna

Acabo de cometer una mala acción: he dado limosna.

Al hacerla he disfrutado del placer vergonzoso de humillar a un semejante: he convenido en el pacto odioso con que asegura el fuerte su poder y reconoce el débil su flaqueza. He marcado con mi sello la antigua iniquidad; he contribuido a que este hombre tenga solo una mitad del alma. Vendí fraternidad a un hombre empleando monedas falsas. Me humillé humillándole, porque la limosna envilece por igual a quien la da y a quien la recibe.

Anatole France.

Del ambiente

Los difamadores

Si la memoria todava responde a las frecuentes solicitudes del pensamiento y si tal virtud no falla en esta vez, creemos que Petronio ha dicho que la peor de las mujeres sería la chismosa, si no existiera la mujer sabihonda. Empero, nos parece que el árbitro de la elegancia exageraba la maldad de la segunda, omitiendo entre los viles al difamador de oficio, que los hay de ambos sexos.

¡Dios nos ampare! ¿Será posible que existan personas tan desocupadas, tan necias y tan perversas, que no tengan más inspiraciones que las de inventar calumnias y levantar caramillos al infeliz semejante a quien se toma de blanco, con cualquier motivo? Hay tantas cosas útiles de que ocuparse, hay tanto bien que realizar en la vida; hay tantos libros y diarios que leer con provecho e infinidad de asuntos de que tratar, que solamente la baja condición de esta deleznable existencia humana puede justificar el absurdo de la difamación, y ella es tanto más cruel cuando carece de asidero, y cuanto con ella se atenta precisamente contra la honorabilidad de personas que han hecho de su vida un modelo de conducta.

Las comadres de barrios — solemos decir — han divulgado la especiosa mentira; pero desgraciadamente existen compadres de barrios, que no quedan cortos en eso de difamar. ¡Miserable condición la del hombre que pretende crearse méritos a costa del ajeno desprestigio!

Pero, en fin; si algún malediciente no puede resistir la tentación de acordarse mal del prójimo, ¡por el amor de todos los santos habidos y por haber! acuérdese y despelleje a su madrina, pero deje en paz al semejante que nunca le hizo daño, a quien apenas conoce y en circunstancias muy contrarias a las que cuereando menciona.

Si la delación de los hechos verdaderos es ya una villanía imperdonable, la imputación falsa, sin otro objeto que malquistar a la víctima con sus relaciones, con sus novios o con los superiores, si se tratase de un funcionario, es una actitud indigna, reveladora de una orfandad de sentido moral, tan triste, que faltan adjetivos adecuados para calificarla.

Mil infortunios en la vida proceden de los chismes: ellos siembran la discordia en la familia, el rencor entre los hombres, la infelicidad en los hogares, la ruina de muchas ilusiones que pudieron transmutarse en dicha.

Hombre o mujer, quien quiera que seais dejad en paz al semejante, y cuando querais difamarlo, pensad que el día menos soñado la calumnia puede recaer sobre tí...

PIENSA OBRERO

Piensa obrero en redimirte,
Piensa obrero en libertarte,
Piensa obrero en fortalecerte,
Piensa en no dejar explotarte.

Piensa, ¡oh cándido obrero!
Que eres el sostén del clero;
El que te engaña y te explota
Sólo por ofrecerte el imaginado cielo
Piensa que el capitalismo
Estado y militarismo
A tus expensas vive;
Siendo tu el productor
Y sólo miseria recibes.

Piensa para tu defensa
Que has de ir al Sindicato;
Donde podrás combatir
Capitalismo y Estado.

Leed la prensa libertaria
Creando conciencia igualitaria;
Cual como "El Peludo" tiene por misión
Instruir y dar lección,
Como principio inicial
Para la Revolución Social.

P. de Belle

Tacuarí, octubre de 1922.



Eres más bella que la virgen María



La familia

En la actual sociedad la mujer es la víctima predestinada a ser inmolada a los caprichos, a las pasiones, y algunas veces a la tiranía del hombre; lo que no es obstáculo para que a su vez, prevaliéndose de estos mismos caprichos y pasiones del hombre, por natural reacción, se convierta en tirana. La injusticia se paga cara. Aquellos que creen poder beneficiarse impunemente cuando oprimen y explotan a los demás, se engañan muy a menudo.

Nada más injusto que la desigualdad establecida y mantenida artificialmente entre el hombre y la mujer. Principia en la limitada educación que se dá a la mujer; continúa en la vida doméstica, en la que la mujer está destinada al servicio del hombre; luego, en las relaciones sociales, la mujer está considerada como inferior al hombre, indigna de ciertos oficios y determinadas ocupaciones. Todo tiende a mantener a la mujer en un estado de dependencia económica y moral del hombre; la educación imperfecta que se le dá es malísima; la clase de trabajo, más o menos serviles a que se le destina, los salarios más bajos, la prostitución que le espera cuando no halla quien provea su existencia.

No hay situación tan trágica como la de una muchacha pobre. Las ocupaciones que se le ofrecen son pocas y mal remuneradas y muy a menudo son asechanzas a su honor. En un período de la existencia en que hasta el hijo de un burgués se espanta por su porvenir, la pobre muchacha que a menudo, además de tener que pensar y preocuparse para sí tiene una madre a quien mantener, sufre angustias indecibles. A los cuidados que requiere su existencia física se añade la necesidad de amar y ser amada, encontrar algún ser a quien poder confiarse, experimentar el placer de vivir. Simple, confiada, desinteresada, quisiera poder arrojarse en brazos del primer venido, consagrarse a hacer su entera felicidad. Pero la pobre solo encuentra astucias, engaños, egoísmos y cálculos en torno suyo. Pronto para abusar de la menor debilidad que tuviere, el hombre solamente tendría luego para ella ironía y desprecio. Y la mujer, rebajada por la necesidad de amar y la conservación de su dignidad, vuélvese desconfiada, astuta e hipócrita, comercia, especula y engaña. El encanto está, desde este instante, roto por completo: en lugar de una bella y afectuosa criatura se obtiene un monstruo. ¿Quién la mudó de este modo?... El hombre, enemigo de su felicidad.

¡Cuántas muchachas hay que se perdieron por pocos céntimos; cuantas fueron víctimas de su simplicidad o de la astucia de algún malvado; cuántas lucharon años enteros y concluyeron sucumbiendo, y cuántas y cuántas han muerto de dolor por no haber podido hacerse amar! No hay espectáculo que subleve tanto como el de la muchacha engañada y abandonada, con un chiquillo en brazos por un miserable que se ríe de su propia canallada y del sufrimiento que causó...

Cuando se habla de la prostitución, se atribuye generalmente al vicio y a la corrupción de un cierto número de individuos de ambos sexos, y se piensa que, si estos individuos no hubiesen nacido o pudieran enmendarse, la prostitución no existiría en el mundo.

Sin embargo, el vicio y la corrupción no son las causas de la prostitución. Y esto es tanta verdad que, hombres morigerados hay que se sacrifican ante el altar de Venus, y muchachas susceptibles de convertirse en óptimas madres, vense empujadas al abismo de la prostitución.

La prostitución se impone a la muchacha pobre como se impone al campesino el trabajo penoso de arar la tierra. Por otra parte, hay los capitalistas y los mercaderes de la prostitución, existe una industria de la prostitución, del mismo modo que existe una industria de hierro, de los tejidos y otras por el estilo. Dicha industria consiste, no en prostituirse, sino en hacer prostituir; en reclutar las víctimas por un lado, por otro los consumidores; en los gastos de local, "reclame", etc.

De todas las industrias esta es la más floreciente y lucrativa. Cuántas casas, cuantos cafés, cuantos negocios, cuantos establecimientos no existen consagrados a la prostitución desde el más vulgar y modesto lupanar a la casa privada, donde la muchacha y la mujer vergonzante dejan sus fotografías y direcciones, prontas siempre a acudir al llamamiento del cliente a las agencias de "colocación". Todo un ejército de agentes, de criados, de medianeras de ambos sexos y de todas condiciones está empleado en este comercio. Propietarios de casas, periodistas, el mismo gobierno, sacan su parte de producto de este tráfico. En las grandes ciudades la prostitución está ligada a otras industrias, y se ejercita en el café, en los restaurants, en las revendedurías de tabaco y otros géneros. La competencia que estos negocios de doble fondo de prostitución hacen a los demás, es causa de quiebras, de ruina de familias y prostitución de otras muchachas.

Hubo una época en que todos o casi todos podían crearse una familia. Hoy, la familia, legítima e ilegítima, supone ya un cierto desahogo económico. Los pobres no pueden constituir un hogar fijo. Con tener donde poder dormir todas las noches es ya en nuestra sociedad civilizada una especie de privilegio.

Tiempo hubo en que la familia era una pequeña sociedad. Los hijos habitaban con sus esposas en la casa paterna, bajo el mismo techo se albergaban varias generaciones. Los siervos y sus familias estaban incorporados a la familia del dueño. La casa era espaciosa, a menudo situada en plena y abierta campaña. Todos los trabajos se hacían en casa. El hombre trabajaba la tierra, hilaba la mujer, tejía, hacía los vestidos para todos. Las ocupaciones eran diversas. La educación de los hijos se daba en casa, y en la familia reinaba el amor y la buena armonía.

¡Cuánta diferencia entre aquella vida y la de hoy! ¡Entre la casa espaciosa de un tiempo y el tugurio mezquino de nuestros días! El hombre vive fuera de casa, trabaja fuera, solo entra para engullir a prisa y corriendo un trozo de pan o tumbarse en la cama. Hasta la mujer ha tenido que dejar la casa para ir a la fábrica o al taller, y los hijos tienen que escoger entre la escuela, la fábrica o el arroyo. Nada se hace en casa; todo se compra en el mercado, a menudo se come en la taberna.

La familia del obrero está destruída; y la del burgués también expuesta a peripecias a causa de lo incierto de la posición. Actualmente las fortunas surgen y desaparecen como por ensalmo. Una quiebra que se produzca y la familia queda arruinada. La mujer pasa a habitar con otros, los hijos, los recojen manos extrañas, o se dispersan por el mundo. Aún cuando no se divida, la familia burguesa es un simulacro. Sin hijos apenas se puede llamar familia; y allí donde nacen se piensa en seguida en crearles una posición, se sobrecargan de trabajo los padres, y cuando aquellos son grandes, se les envía a otra parte.

Por otra parte, no es el amor, es el interés, la base de la familia. La mujer se casa para asegurar su subsistencia; se vende al hombre, sobre él descarga su existencia y a él queda pegada como un grillete al tobillo del forzado. El hombre es la bestia de carga, debe trabajar sin tregua ni descanso, para aportar el pan a su casa. Si el trabajo falta, la familia es para él un verdadero suplicio.

El hombre, bajo otro punto de vista, una vez adquirida la mercancía, pagándole el alimento se cree con derecho a exijir de la mujer una obediencia pasiva, hasta en sus menores caprichos. La ley y la costumbre sancionan esta tiranía.

Quien tiene corazón sufre. El hombre de corazón no abandonaría a la mujer a la miseria, a la prostitución, aunque sufra. La mujer de corazón no es presa del primer libertino que se presente. No hay vejación o martirio que no soporte una madre a trueque de no separarse de sus hijos.

A los ricos no les faltan distracciones. En caso de discordia el marido se larga al club, la mujer lee o se va de visita. En todo caso tienen sus particulares habitaciones para aislarse o les queda el recurso de los baños y veraneos. Pero cuando se es pobre, y se tiene que vivir juntos en una misma reducidísima estancia y dormir en un mismo lecho, el menor desacuerdo, la menor palabra hiriente escapada en un momento de mal humor, puede conducir a graves consecuencias. Los dos se hallan enfrente uno de otro continuamente. Verse condenados por la miseria les agria el carácter. Una idea siniestra cruza por la mente obscura de uno u otro. Un delito, varios delitos pueden cometerse a veces, y el drama concluye con el suicidio!...

Francisco Severio Merlino.

EPIGRAFIAS BURLESCAS

LA COMPASION

El ave cantaba feliz en el árbol. El cazador apuntó cautelosamente, pero antes de apretar el gatillo murmuró:

—¡Pobre animal!

No, la humanidad no es tan mala.

EL PLAZO

—Perdone usted, si la molesto, pero es el caso que, como la encargada no nos puede ver, me he decidido a pedirlo a usted el favor de que me conceda un plazo para pagar, pues en estos momentos me es imposible

—...

—No, señor, no son pretextos; mi madre, que es lavandera, hace quince días que está muy mala, y yo he tenido que dejar el taller para cuidarla. Cuando trabajábamos las dos, hicimos algunas pequeñas economías, pues yo, aunque no soy oficiala, gano dos pesos cuando trabajo; pero desde que cayó enferma las economías se han agotado.

—...

—Si lo sé, si señor, pero crea usted que no es esa nuestra intención; en cuanto mi madre se ponga buena, yo le juro a usted que le pagaremos, por eso, y confiando en su bondad, he venido a rogarle que nos de su plazo.

—...

—¿Dos días? Eso es muy poco; crea usted que en dos días no me será más fácil que hoy el pagarle; siquiera ocho.

—...

—No nos desahucie usted; mire que la pobre de mi madre se moriría, y usted no querrá tener ese cargo de conciencia.

—...

Sí, señor; ella quiere marcharse al Hospital, pero yo no lo puedo permitir; somos solas, y ni ella ni yo tenemos más consuelo que el que nos damos mutuamente.

—...

—¿Y es usted, padre de dos niñas, el que me dice que una muchacha joven y bonita no debe ahogarse en tan poca agua? Usted tiene derecho a desahuciarme, porque es suya la casa, pero no ha insultarme.

—...

—Si usted, no puede hacer nada, que le vamos a hacer, quede usted con Dios.

. . . .

—¿Has visto al casero?

—Sí, madre.

—¿Y qué,

—Me ha dado un plazo de dos días.

—¿Pero le dijiste qué estaba yo mala?

—Sí madre, se lo dije.

—Pero dos días es muy poco.

—Sí, pero no te apures, no te verás en el desahucio, pues he encontrado una amiga a quien he pedido cinco pesos, y me los ha dado.

—¿Una amiga?? Nunca me habías hablado de ella. ¿Cómo se llama?

—No la conoce usted.

. . . .

Poco tiempo después todas las vecinas del barrio criticaban a la hija de la Sra. Juana. Miren la mosquita muerta, decía una; con dieciséis años y ya con la panza llena...

Javier Bueno.

Trastornos húmedos

Jamás he visto un sacerdote más desesperado que el bueno de don Plácido Bonafé.

El, siempre tan correcto, tan cachazudo, tan tranquilo y sonriente, estaba verdaderamente desconocido.

Cuando fuí a verle, la otra tarde, me recibió con el rostro encendido, los ojos fuera de las órbitas, el cabello en desorden...

—¿Qué le pasa, padre Plácido? — le

pregunté. — Lo veo muy exaltado...

—¿Qué quiere que me pase, amigo, qué quiere que me pase?...

Padre... como querer, yo no quisiera que le pasara nada malo... Pero, a juzgar por su cara, algo, no muy bueno, debe ocurrirle. ¿Le ocurrió algo en la Iglesia?

—Cállese, hombre, cállese, que lo que a mi me pasa no le pasa a nadie...

—Pues, ¿qué es lo que motiva su disgusto??, si no es indiscreta la pregunta.

—¿Qué quiere que sea?... El tiempo.

—¿El tiempo?

—Sí, esta maldita humedad, que no nos deja ni un día.

—¿Y por eso se pone usted de ese modo?

—¿Le parece poco?

—Padre, claro está que la humedad es una incomodidad muy grande; pero, francamente, no veo motivo en todo eso, para que se ponga usted poco menos que como loco.

—Usted no lo ve; pero si estuviera en mi lugar... a éstas horas ya se habría pegado un tiro.

—No lo creo.

—¿No lo cree?... Vea amigo; yo me casé hace unos treinta años, sin que se supiera, ocultamente, a no ser usted y otro buen amigo, todo permanece en el misterio...

—Ya ha llovido desde entonces.

—Apenas entró mi luna de miel en cuarto menguante, cuando apareció en mi esposa ese tirano que hay en todas las mujeres. Yo, enamorado, bonachón por temperamento, y plácido de nombre y de costumbres, por evitarme disgustos y desazones, no hice más que crearmelos mayores. En fin; dejando a un lado detalles que no vienen al caso, sólo le diré que antes de terminar el primer año de matrimonio era yo, no sólo el marido, sino el sirviente de mi mujer.

—¡No me diga!

—Como lo oye. Todas las mañanas, en cuanto ella se despertaba, tenía yo que levantarme a prepararle el desayuno; luego se lo llevaba a la cama, y mientras ella lo tomaba tranquilamente ponía la olla al fuego, recibía al carnicero, al panadero, al lechero... y correr a decir misa. Esto fué el principio... Luego fregaba los patios, barría la acera, lavaba la vajilla del día anterior...

—¿Y su esposa en la cama?

—Sí.

—No comprendo como un hombre por más Plácido que se llame, pueda someterse a...

—¡Qué quiere!... Era ella tan linda, y me lo pedía de un modo... Después, lo que empezó por cariñosa complacencia, terminó por obligación. A mis tareas domésticas de antes, se fueron agregando otras; barrer las piezas, hacer la cama...

—¿Y su mujer?

—Se pasa el día leyendo novelas, sentada en un sillón, o de paseo con sus hermanas.

—¡Qué barbaridad!

—Empezaron a venir hijos, y a mis obligaciones de decir misa, de cocinero y mucamo de adentro, y de afuera, se agregaron otras. Tuve que preparar mamaderas, lavar pañales... En fin; tantas cosas, que ni levantándome a las cinco de la mñana podía dar abasto, y siempre llegaba tarde a la iglesia.

—Pero, ¿por qué no tomaban una sirvienta?

—Eso le dije un día a mi mujer. Pero ella me contestó muy cariñosa: "¿Para qué vamos a hacer ese gasto zonzito? ¿Y si sabe tu estado eclesiástico? Dame a mí la mitad de lo que le pagarías a la sirvienta, y yo te ayudaré". Y así lo hice.

—¿Y ella le ayudaba?

—Ya lo creo. Desde entonces se lavaba ella sus pañuelos, y ponía el mantel a la mesa.

—Pero a medida que los hijos fueron creciendo, le ayudarían ellos.

—Eso hubieran querido los pobrecitos. Pero, entre ir a la escuela y hacer los deberes, nunca tenían tiempo. Luego se casó mi hija mayor, empezó a tener hijos, y, como vive con nosotros, aquí me tiene usted, que ahora a mis años, cuando más descanso necesito, es cuando tengo más trabajo. Con decirle que apenas me bastan las horas del día para lavar pañales y bombachas... Figúrese, con tanto chiquilín... cinco nuestros, y cuatro de mi hija...

—Bueno, pero a todo esto, no veo que tiene que ver todo lo que me cuenta con su enojo y con la humedad.

—Pero, hombre de Dios... ¿No comprende que con esta humedad no puedo lograr que se me sequen las bombachas y los pañales que lavo?... De ahí viene mi enojo y mi miedo.

—¿Miedo?... ¿de qué?...

—De volverme tísico.

—No comprendo.

—Claro; no vé que seco las bombachas con el aliento?...

Julián J. Bernat.

Habla el maestro

"...Yo no quiero confundir al profesor con el cura; pero si admito, semejante amalgama como legislador, lo vigilo, llamo la atención del Estado sobre la enseñanza de los seminarios y las congregaciones, la atención al Estado, laico, el único guardián de su grandeza y de su unidad".

"...Hasta el día, que yo invoco con toda la fuerza de mi alma, en el cual sea proclamada sin trabas la libertad de enseñar, yo quiero la enseñanza de la iglesia en la Iglesia y no en otra parte. Yo considero como una burla que el clero mismo, y no el Estado, vigile la enseñanza del clero. En una palabra, yo quiero lo que querían nuestros padres: la Iglesia separada del Estado, independiente..."

"...Escuchad: yo os lo digo con toda franqueza: No tengo confianza en vosotros. Instruir significa construir. No tengo fe en vuestra construcción."

"...Yo no quiero confiaros la enseñanza de la juventud, el alma de los niños, el desarrollo de las nuevas inteligencias que se aprestan a la vida, el espíritu, el carácter de las generaciones, es decir, el porvenir de la patria. Y no quiero confiaros el porvenir de la patria, porque ponerlo en vuestras manos sería lo mismo que entregároslo. No me conformo con que las nuevas generaciones se sucedan, quiero que adelanten. Por eso no quiero que sobre ellas pesen vuestras manos ni las alienten vuestro espíritu. No quiero que lo construído por nuestros padres sea deshecho por vosotros. Después de la victoria no quiero la derrota."

"...Vosotros sois los parásitos de la Iglesia y su perenne malestar. Ignacio es enemigo de Jesús. Vosotros no sois los creyentes, sino los sectarios de una religión que no comprendéis. Vosotros sois los bufones de la santidad. No confundais la iglesia con vuestros negocios, con vuestras combinaciones. No la llaméis madre para hacerla vuestra esclava. No la atormentéis para enseñarle la política, y, sobre todo, no la igualéis a vosotros".

Victor Hugo.

INSUBORDINACION

Toda la quinta compañía estaba formada en la plaza de armas. Algo extraño debía suceder, pues a la una de la tarde de aquel bochornoso día de enero, habían sin causa aparente dado orden de formar. En un instante el sargento primero había juntado a todos los soldados, tal como se encontraban., con traje de fajina, y desde hacía media hora los tenía al rayo del espantoso sol en la posición de firmes.

Los soldados sudaban como bestias de carga, sentían a las moscas revolotear y asentarse en sus caras empapadas y llenas de polvo levantado por la marcha en el piso de tierra, y no podían hacer un gesto, ni pasarse un simple pañuelo por las caras.

Andrés, creyendo no ser visto, levantó un poco una mano desde la franja del pantalón, y pausadamente empezó a subirla hasta el bolsillo de la chaquetilla. Para su temperamento nervioso, era un suplicio enfermante sentir las gotitas de transpiración, deslizarse, haciéndole una endemoniada cosquilla al través de la frente, bordear la cuenca de los ojos, correr por la nariz, quedarse un momento temblando en medio del labio superior, y caer luego para atravesar la barba, y esconderse bajo el cuello de la chaquetilla. Estaba próximo a desmayarse de desesperación, y por suerte ya había logrado atrapar su pañuelo. Una voz vinosa y hueca le llamó al orden desde la sombra donde descansaban los suboficiales.

—¡He mandado firmes, soldado! ¡Cabo! apunte el nombre de aquel conscripto que se está moviendo...

En eso apareció el capitán, con la casaca a medio abrochar, el cinturón desprendido y la gorra echada sobre la nuca. Traía un diario en la mano.

—¿Los hago descansar, mi capitán?

—Déjelos así no más, ya les voy a enseñar!... — y agitó el diario con rabia. Luego encarándose con la compañía preguntó:

—¿Quién de ustedes ha sido empleado en algún diario?

Nadie se movió siquiera, pero al oir esas palabras, una corriente eléctrica corrió por la doble fila de una punta a la otra.

—¿Quién ha escrito en un diario? — volvió a tronar su voz amenazadora, y sus ojos miraban a los soldados, uno a uno, como para desenmascarar al autor.

—¿Quién es el cobarde que ha escrito esto? — dijo rojo de cólera, golpeando en el papel su mano torpe con una agitación extraordinaria. Nadie chistó una palabra.

—Sargento: hoy nadie estará franco!... Hágales cortar el pelo... — y sonrió mascando una injuria y fuése.

Aquel suelto, lo habían leído por la mañana los soldados, y forzosamente debía haberlo escrito uno de la compañía; sólo así era posible dar tal lujo de detalles. El caso era el siguiente:

Tres dían antes, el capitán iba a salir de maniobras con la compañía. En la puerta, el soldado Márques le tenía el caballo. Al montar le hizo cosquillas con las espuelas, y el caballo, nervioso, pechando al soldado, se puso a corcobear y volteó al capitán. Este se pone furioso y apenas consiguió levantarse se volvió contra el conscripto tuteándolo como siempre que tenía rabia.

—Pedazo de imbécil! ¿Para qué estás sino para tener las riendas?

—Me pechó el caballo, mi capitán...

Aquel oficial preguntaba siempre pero no podía tolerar la respuesta de un subordinado.

—No hables, desgraciado, no hables!... Firme, soldado! Y cuando se hubo cuadrado le dió una bofetada en medio de la cara. El soldado se levantó lleno de polvo, echando sangre por la nariz; tenía una lividez espantosa y sus ojos despedían chispas. Se iba a echar sobre el capitán, cuando el sargento y un cabo, adivinando la intención, lo tomaron cada uno de un brazo. Márques se dejó tomar, y luego, volviéndose al sargento, le escupió:

—Ustedes también? idiotas! Mañana les tocará a ustedes como a mí... — y forcejeando intentó soltarse. El capitán, que miraba la escena, dijo de pronto:

—¡Déjenlo! ¡Sargento, cabo, retírense! Sacó la espada y dirigiéndose a Márques se le durmió a golpes.

—Insubordinación? Desacato? Ya te voy a enseñar!

Luego lo llevaron al calabozo y desde entonces estaba incomunicado; por lo tanto no podía ser el autor del suelto donde se denunciaba el hecho fielmente. Solo alguno de la compañía podía ser el autor de aquello.

A los tres días hubo una nueva revuelta en el cuartel. En el mismo diario había aparecido otro suelto. El autor le pedía paciencia al capitán, no era tan tonto para dar su nombre o para firmar el artículo, pero en el momento oportuno se daría a conocer.

A los dos meses licenciaron la clase y entonces apareció un tercer artículo firmado por Andrés Vila; él había sido el autor de los otros dos. Intimo amigo de Márques, había escrito aquello, y ahora en vísperas de juzgarlo por desacato lo defendía públicamente desde las columnas de aquel diario.

Pasó un año. Se produjeron los escándalos de la semana de enero y por un decreto presidencial fué llamada a las armas la clase anterior, mientras se restablecía el orden. Y también volvió Andrés Vila.

En un galpón grande estaban los recién llegados, cambiándose los trajes dë paisano por los de uniforme. Cada oficial vigilaba a su compañía. Cuando entró Andrés, el capitán, el mismo capitán, lo miró. Sonrió levemente y dió vuelta la cabeza.

—Mi capitán, este traje no tiene botones, —le dijo Andrés.

—Yo no sé nada. Cada uno debe arreglarse como pueda, — le contestó con la misma sonrisa enigmática. Andrés lo miró. Hacía un instante a dos soldados le había dado botones.

A las siete todos estaban comiendo el rancho. Pasó un mayor y envió a Andrés con un papel para el jefe. Cruzaba la plaza de armas ya a obscuras, al trote, cuando se cruzó con el mismo capitán que estaba de guardia.

—A dónde va, soldado!

—A ver al jefe, mi capitan.

—¿Con qué permiso? A ver si te vuelves inmediatamente!

—Voy de parte...

—No hay parte que valga!

— ... de parte del mayor.

—Hubieras dicho eso! — Se mordió los labios y le dejó pasar. El capitán parecía estar dispuesto a cobrarse la deuda. No se había olvidado de las publicaciones y su autor.

¿Había olvidado el capitán quién era Andrés Vila? ¿Lo habría confundido acaso? Andrés no se preocupó mucho del caso, no sin dejar de llamarle la atención, las consideraciones con que el capitán había resuelto tratarlo de un momento a otro. Aquella mañana no salieron. Al día siguiente, en Mataderos, les tocó hacer guardia.

Llevaban tres horas de estar vigilando, cuando un grupo de revoltosos apareció en la cercanía. Tenían sin duda noticias del destacamento y se detuvieron.

El capitán, dándole una muestra de la confianza que le merecía, llamó a Andrés y estuvieron hablando un largo rato. Después lo hizo entrar a una pieza y dándole un traje lo hizo vestir de paisano. Andrés llevaría una misión y debería irse a confundir con los grupos de ociosos.

—Sería conveniente ir armado, mi capitán.

—No, hombre, la policía podría tomarlo como sospechoso.

Andrés salió sin ser visto ni aún por el destacamento, dió un rodeo a la manzana, y apareció a la vista de sus camaradas a una distancia de dos cuadras escasas.

El sol declinaba, y en el ancho campo solo se veía alejarse a Andrés en medio de los arreboles rosados. Los supuestos anarquistas ya se habían ido.

—Alza los fusiles, dijo de pronto el capitán, y mandando apuntar a los pies del hombre que se veía, dió las órdenes.

—Apun!... Fuego!...

Salió inmediatamente en busca del herido con un pelotón de hombres.

—Temo haberme equivocado — dijo sonriendo al acercarse.

—Si será el soldado Vila!

Llegaron. Andrés estaba en medio de un charco de sangre.

—Caramba, Vila, fíjese que lo tomé por un anarquista! — dijo con entonación festiva.

El muchacho, se retorcía agónico. Dió vuelta la cabeza, embarrada con el barro de su sangre y fijó dos ojos acusadores en el capitán, articulando con voz débil estas palabras:

—Siempre quiere equivocarse usted...

—Cómo? qué te atreves a decir? — y le pegó un bofetón.

—Ni a un herido le permito insubordinarse!

Andrés Vila ya había muerto.

P. Fatene.

DEDICADO AL P... NAPAL

A vosotros me dirijo
Queridos ateos con gran valor
Proclamemos nuestras ideas
Y ninguno crea en la religión.
Harto engañados hemos vivido
Con este clero macaneador
Que nos está llevando la plata
Y comiendo de nuestro sudor.
Ya no más catedrales ni iglesias
Donde vocifere el padre Napal
Y conspiran todos clericales
En vez de ir ellos a trabajar.

Prilidiano Rodriguez.

El evangelio del día

"En el templo tal se verificará la fiesta de las "Madres Católicas". Sólo las socias podrán ocupar las bancas".

(Carteles murales)

En un templo, rezando fervorosa
una señora anciana
está; por las vidrieras se tamiza
la luz de la mañana.
De pronto se le acerca una señora
trajeada de seda
y, tocándole el hombro, en el oído
le murmura en voz queda:
—Entrégueme ese puesto en el momento
porque se necesita.
—Y por qué he de entregarlo?—le pregunta
la pobre viejecita.
—Porque esta misa es sólo de las "Madres
Católicas" —responde
la beata.
—Pues yo también soy madre
católica.
—¿Y en dónde
tiene usted la medalla?
—¿Cuál medalla?
—La que todas usamos;
la que todas las "Madres", en las fiestas
al cuello nos colgamos;
—Para ser buena madre no me urgen
medallas ni cintajos;
soy una madre porque tengo hijos,
aunque no use colgajos;
y católica soy, porque, practico
lo que manda la iglesia;
soy, pues, madre católica, y el resto
es farándula necia;
y algunas de esas que usan medallitas
son sacos de pecados
y, por la ostentación, dejan sus hijos
en casa abandonados.
—Bueno, señora, insiste la beata;
pero usted se ha enojado,
sin recordar que se halla en la presencia
de Dios sacramentado.
—Recuerde usted, también, señora mía,
que no basta rezar;
que es preciso guardar esas medallas
y tener caridad;
que no es caritativo ni decente
que una anciana enfermiza
se arroje a los ladrillos, y usted oiga
bien cómoda la misa...
—Bueno, señora, pero no se enoje;
mire que Jesucristo
no se cuenta en la Biblia que enojado
jamás se hubiera visto.
—Qué no? Recuerde usted que a latigazos
echó a los mercaderes
del templo, porque cintas y medallas
vendían a las mujeres.
—Ni medallas ni cintas...
—Es lo mismo
venderla que ostentarla.
y usted esa medalla lleva al pecho
tan solo por mostrarla.
Entre orar y rezar hay un abismo
que medir no me toca.
¡Rezar y orar!... Hay mucha diferencia
entre el alma y la boca.
—Señora, se acabó. No se caliente
mire que el buen Jesús
nunca se vió enojado, y por nosotros
expiró en una cruz.
—El no se calentó, porque no hubo
quienes saber le hicieran
que su templo era solo para beatas
que medallas lucieran;
pero si hubiera habido una ostentosa
que eso dijera a nuestro buen Jesús,
El le hubiera arrancado la medalla
y le hubiera pegado con la cruz.
La beata se va. La viejecita
reanuda su oración, siempre en la banca,
mientras el sol de la mañana pone
un halo de oro en su cabeza blanca.

Juan Ruiz.



CONTRA DIOS...

Dios. Sublime arquitecto. Sabiduría infinita. Bondad suma: payasada la más ridícula que inventó el hombre-mono.

Dios, sublime arquitecto: idea ancestral mezcla de tontería y servilismo; sombra tétrica e informe que atenaza las almas infantiles; eco lúgubre que resuena en los cerebros huecos al golpe del martillo fatídico del temor.

Dios sabiduría infinita: ilusión nefasta que castró la voluntad de las almas de los hombres; pedestal en que se alzan los tiranos de los pueblos; parapeto en que se escudan los privilegios de casta; pantalla que cubre a los vividores religiosos y falsos

Dios, bondad suma: sanguinario infame que asolas la tierra jugando al palitroque con la humanidad en los cataclismos geológicos y sociales; canalla monstruoso que contemplas impávido el golpe aleve del puñal asesino, la violación dolorosa de niña núbil, el hambre del mísero anciano, la ceguera del niño y el odio del hermano.

Tus sacerdotes, tontos graves y sátrapas redomados, han infestado el mundo con mentiras negociadas en ferias suntuosas; tus hijos, favoritos, reyes y papas siguen aun bailando la ridíoula zamacueca de la infalibilidad y hasta los poetas chirles continúan barajando tu nombre — sólo tu nombre — en sus estrofas cursis.

Eres todopoderoso y ni siquiera puedes paralizar mi boca que te insulta, mi pluma que te apostrofa, eres justo y haces pagar al hijo inocente los vicios del padre crapuloso; eres bueno y contemplas impasible el devenir infinito de la infinita barbarie que significa la vida toda en el Universo donde el microbio devora al microbio, el pez al pez, el animal al animal, el hombre al hombre.

Oh! ¡elecubración antropomórfica! ¡sombra maldita! ¡conjunción de todo el Mal! si fueses algo más que una idea, si fueses forma tangible, humano, con qué afán, con qué furia mi brazo clavara en tu cerviz el hacha más filuda

ARENILLA

Pebetes

Compuesto.

De vivir del Presupuesto
tiene tal manía Carrillo,
que si pide un cigarrillo
hay que dárselo com...puesto.

Con B y con V

Se perdió un tubo de gres
en la tienda de "El Cucubo"
le echaron la culpa a Inés
y ella, en presencia del Juez,
asegura que no es-tuvo.

YA NO ES

—¿Cuándo fué la Era Cristiana? —
le preguntó Ana a Rivera.
—¡Qué preguntas haces, Ana;
una vez que fué, ya no era!

Julio Centenari (hijo)